Editoriales

ESTRATEGIAS DE GOBIERNO Y ESTRATEGIAS DE PODER

NUEVE años de permanencia en el poder y tres elecciones ganadas por mayoría absoluta representan un tiempo suficiente para prever, a partir del análisis del pasado, los riesgos del futuro. Los sucesivos gobiernos de Felipe González *han pasado ya dos veces por casi todos los problemas y han aplicado siempre la misma lógica.*

En principio, y contrariamente a lo que se afirma en numerosas publicaciones y es lugar común entre los políticos de derechas, creemos que sustancialmente la política felipista es sinuosa y coherente:

* *La* coherencia *la demostró en que, desde mucho antes que sus adversarios de dentro y fuera del PSOE, Felipe optó por el liberalismo en economía y por la alineación con el mundo occidental y tuvo el coraje de tomar medidas tan opuestas al entonces pensamiento socialista como entrar en la OTAN y la UEO, desembarazarse sin ruido del amigo polisario, callar ante el bombardeo americano de Libia, enviar tropas a la guerra del Golfo, desmantelar los sectores siderúrgico y naval, meter en cintura a los sindicatos, mantener una política salarial de mínimos, reducir el papel del Estado-empresario, desconfiar de él como activador de la economía y eludir cualquier intervención gubernamental conducente a limitar los beneficios empresariales. El derrumbe del bloque político oriental y el descrédito generalizado de las economías intervencionistas le han permitido decir que España, de su mano, está ahora en la mejor posición, en el sitio en el que históricamente siempre debió estar y en el que la torpeza de sus gobernantes nunca la consiguió colocar. Tardó tiempo en mostrar sus ideas, pero ahora, a nueve años vista, su pensamiento empieza a estar meridianamente claro.*

* *La* sinuosidad *la demostró y demuestra cada día en un discurso cuya constante es formular premisas de las que el ciudadano infiere una conclusión y refutarlas de inmediato para invalidar así lo concluido. Los ejemplos de esta sinuosidad podrían multiplicarse hasta el infinito: «la*

política de alineamiento era mala». Consecuentemente —pensó el ciudadano— España se movería en una sabia equidistancia de neutralidad.
Pero Felipe refutó inmediatamente su premisa mayor, afirmando que el no alineamiento era infinitamente peor. El ciudadano terminó por aceptar como irremediable, y hasta como buena, la integración en la OTAN.
«La política igualadora de rentas es un imperativo moral», nos dijo, para, en entregas cuidadosamente secuenciadas, ir refutándose a sí mismo e infundirnos la idea de que ello se consigue mejor sin medidas directamente igualadoras.

TODA la política felipista se basa en una inteligente administración de la coherencia y la sinuosidad. La primera se la impone como estrategia moral de gobierno y la segunda como estrategia necesaria para conservar el poder. Lo que importa es medir qué predomina en cada instante, el objetivo de gobernar bien o el objetivo de permanecer en el gobierno. Felipe es un político avezado y sabe muy bien que, si no se mantiene en el poder aunque sea sinuosamente, no podrá llevar a la práctica sus ideas. Ser sinuoso, sutil, contradictorio, se convierte así en condición necesaria *para ser.*

Ahora bien, enfrentar sistemáticamente los graves problemas de nuestro país desde las coordenadas de este permanente juego dialéctico es enormemente peligroso y desorientador. Hasta ahora, Felipe lo ha resuelto con la técnica del dramaturgo, creando frente a sí, dentro del gobierno, sus antitipos dramáticos, llámense Alfonso Guerra o Solchaga, que le servían para que la ciudadanía descargara sobre ellos sus iras y lo hicieran a él invulnerable a la crítica, situándolo más allá del bien y del mal, en el papel del one, *de un* dios olímpico *incombustible. La táctica, por reiterada, resulta cada vez menos eficaz. Tampoco nos sirve ya la excusa de su* esquizofrenia socialista, *que le obliga a oponer permanentemente lo que hace a lo que afectivamente desearía hacer, porque ello está instalando la pasividad en la Administración y el desconcierto en la sociedad.*

ESTAS reflexiones, nada sectarias, tienen una especial actualidad en el momento presente en el que la fórmula mágica puede quedar definitivamente invalidada:

** El espectacular aumento de la deuda pública (que crece un 7 por 100 en los presupuestos del 92 y nos obliga a pagar* 5.000 millones de intereses cada día*) hace inviable mantener un crecimiento de las inversiones en infraestructura, con lo que ya no se podrá acallar a nadie con un* Estado de obras, *y al mismo tiempo repercutirá en más desempleo. Mantener, en estas circunstancias, el AVE, tren de alta velocidad (nadie cree realmente que se autofinancie en 1993) parece un desatino que habrá que cargar, no sobre las espaldas de Cosculluela o Borrell, sino sobre las de Felipe.*

** La imprescindible reconversión de HUNOSA está en marcha sin que existan planes alternativos de reindustrialización de las cuencas mineras asturianas. Las jubilaciones anticipadas (6.000 mineros hasta 1993, un tercio de la plantilla) agravará la carga social asumida por los contribuyentes, y el previsible licenciamiento de otro importante número de trabajadores creará un malestar social en el Principado que ni los sindicatos ni la sociedad tolerarán sin castigar a un Felipe que elude sus responsabilidades directas y se limita a pedir «la paz social para atraer inversiones» y a prometer «apoyo a los planes que se elaboren para regenerar el arcaico tejido industrial asturiano». Si a ello se añade que está al caer la segunda reconversión de ENSIDESA, la posición de Felipe puede tambalearse.*

** La reforma de la sanidad es otro de los puntos conflictivos del Felipismo. El informe encargado a una persona neutra como aparentemente es* Abril Martorell, *aconsejaba unas medidas impopulares pero quizá necesarias (limitación de la gratuidad en las medicinas de los pensionistas, tique de compensación, etc.), que el ejecutivo no ha tenido el coraje de asumir y ha resucitado su vieja filosofía de «voy a ser más bueno de lo que la lógica aconseja». Pero, la persistencia del mal funcionamiento de la medicina ambulatoria y el deterioro ya acumulado por la reducción de plantillas en los hospitales apuntan como responsable, no ya al ministro de Sanidad, del que dicen que aún no se ha enterado de la situación real, sino al mismo Felipe.*

** El reiterado incumplimiento de las previsiones de inflación hace que los sindicatos no acepten el 6 por 100 de subida salarial recomendado por Solchaga y que* Nicolás Redondo *acuse de errática la política salarial del Gobierno. El que el ministro de Hacienda haya dicho que pueden crearse «un millón doscientos mil o un millón de empleos» ha sonado a rechifla y el citado Redondo equiparaba esta declaración a la de un padre que dijera: «tengo cuatro o tres hijos». Pero la crítica ya no se estanca en Solchaga, sino que llega al mismo Felipe, que expresamente sostuvo sin fisuras en TVE la política de su ministro de Hacienda.*

** La privatización de las empresas no rentables del INI causará el despido de varios miles de empleados, quizá no trabajadores en sentido estricto, porque la racionalidad privada tiene poco que ver con los esquemas de racionalidad estatal. Tenía razón Felipe cuando dijo, para explicar la venta de SEAT, que «resulta rocambolesco que en España el Estado sea el que fabrique coches y las empresas privadas las que construyan autopistas», pero, de inmediato, tendrá que pagar un alto precio político por la medida.*

** Por otra parte, la postura de Felipe frente a las directrices ecológicas de la CE, por más razonable que sea, amenaza con enajenarle el apoyo internacional que tan expresamente le han demostrado sus socios comunitarios. Felipe tiene razón al pedir para España un justo equilibrio entre la productividad y las medidas protectoras del medio ambiente y en mostrarse reticente a aceptar, en un plazo draconiano, ese cúmulo de inversiones no rentables que, para conseguir una industria limpia, quiere imponer la Comunidad. Pero él va a ser el principal pagador de los vidrios que necesariamente tienen que romperse.*

EN resumen, el felipismo se halla, por primera vez desde 1982, en una situación de debilidad política. Y no por mérito de la oposición, sino por su propia responsabilidad, ya que las estrategias de gobierno y de mantenimiento en el poder empiezan a no ser convergentes.